



mo los problemas planteados en la  
a de los pueblos son múltiples y  
mplejos —espirituales, culturales,  
ciales, económicos, etc.—, la for-  
ación que debe impartir la Universi-  
ad ha de abarcar todos estos aspek-  
. No basta el deseo de querer tra-  
ar por el bien común; el camino,  
a que este deseo sea eficaz, es for-  
r hombres y mujeres capaces de  
seguir una buena preparación, y  
aces de dar a los demás el fruto  
esa plenitud que han alcanzado»<sup>2</sup>.  
Más tarde volvió a insistir en esa mis-  
línea: «La Universidad no debe for-  
r hombres que luego consuman  
ísticamente los beneficios alcanza-

## IR A ALGUNA PARTE

Después de haber aguantado la perorata de un teórico del anarquismo que no deja hablar al interlocutor, decía G. K. Chesterton que tomó un autobús desde el que vio una vez más Marble Arch. Le pareció un símbolo macizo de algunas mentalidades: una puerta que no conduce a ninguna casa; la puerta gigantesca de Ninguna Parte. Cabría afirmar esto mismo de la Puerta de Alcalá, pero no puede decirse de un establecimiento docente, porque un centro de enseñanza siempre conduce a Alguna Parte.

He recordado a Chesterton y a Marble Arch porque durante estos últimos meses, cerca ya de una fecha importante en el proceso de canonización de Josemaría Escrivá, se han hecho públicos muchos detalles de su personalidad, de su vida. A lo que se ha dicho o escrito, puedo añadir cómo el Fundador del Opus Dei inspiró la creación de un montón de centros educativos: primero aquí, en su tierra; después, en otros muchos países.

El tenía clara la cuestión desde 1928. Sabía que la Obra que fundó secundando el querer de Dios, no habría de tener como finalidad exclusiva la creación de centros docentes. Afirmaba desde entonces que las labores que emprenderían con el correr del tiempo los miembros del Opus Dei, habían de ser **como un mar sin orillas**. Sólo se dedicarían a enseñar quienes tuvieran los títulos necesarios y vocación profesional a la docencia.

La primera solicitud de que sus hijos se hicieran cargo de un centro educativo, llegó de un grupo de familias de la margen derecha de la Ría de Bilbao. Accedió a lo que deseaban, y nació la primera labor corporativa del Opus Dei en el ámbito de la enseñanza. Se llamó Gaztelueta, toponímico vasco que significa «lugar del castillo». Se inauguraba el día 15 de octubre de 1951. Tiene ahora, por tanto, cuarenta años cumplidos.

Viví de modo muy intenso la aventura de los diez primeros cursos de Gaztelueta. Por eso sé bien que él, desde Roma, donde residía, seguía con atención, con mucho cariño, nuestro quehacer diario durante aquellos años: afanes y contrariedades, ilusiones, obstáculos, logros... y propósitos. El pensaba que a Gaztelueta seguirían otros

centros, que querrían tener igual inspiración y aliento.

¿Qué directrices dio a los nueve licenciados del primer equipo docente de Gaztelueta? Pocas. Pero suficientes: teníamos que lograr que los chicos se sintieran libres, que fueran sinceros, que actuaran con convicción, que no hubiera castigo...; que se encontraran en Gaztelueta como en su casa, contentos. En particular, resultó entonces llamativo para algunos que no hubiera actos de piedad obligatorios.

También quería que trabajáramos muy al lado de los padres de los alumnos. En diciembre de 1951 nos escribió una larga carta manuscrita para felicitarnos las Pascuas. Allí nos decía que «el Colegio son los niños, y los padres de los niños, y los profesores, en unidad de intenciones y sacrificios gustosos».

Unos años después de nacer Gaztelueta, comenzaba en Valencias, también con su inspiración otra labor docente del Opus Dei; y, algo más tarde, otros dos en Barcelona, y otro más en Madrid: Tajamar, Viaró, Xaloc, Retamar... A la vez, desde mediados de la década de los sesenta, él animó a un número creciente de padres de familia a unir esfuerzos y crear centros docentes para sus hijos y sus hijos. Y estos centros fueron naciendo en muchas ciudades de éste y otros muchos países. Los colegios de iniciativa social que deben su origen al impulso del Fundador del Opus Dei, se cuentan ya por docenas y no sólo en España sino en varios países de Europa y en casi todos los de América del Norte y del Sur.

Por la puerta que es cada uno de estos centros han ido pasando generaciones de profesores y de alumnos. Algunos de éstos, andando el tiempo, han cerrado el ciclo incorporándose a los claustros docentes del centro donde comenzaron sus estudios. Todos han tenido la posibilidad de sentir, a la vez que se respetaba su libertad, que la puerta por la que estaban pasando conducía a Alguna Parte.

**ISIDORO RASINES LINARES**  
Doctor en Ciencias Químicas  
Miembro de la Real Academia de  
Farmacia  
Investigador del C.S.I.C.